

Horror al matrimonio

Farsa en una escena



HÉCTOR MENDOZA

GENTE: ROBERTA y MIMÍ, dos jóvenes guapas.

LUGAR: El recibidor de un departamento pequeño.

TIEMPO: Hoy por la mañana.

Se oye que llaman a la puerta de entrada y ROBERTA va a abrir.

ROBERTA. *(No muy entusiasmada.)* Ah..., eres tú.

MIMÍ. Ay..., ¿qué no me vas a dejar entrar?

ROBERTA. *(Un momento de vacilación.)* Bueno, entra. La casa está hecha un asco; así es que si te vas a poner a fijarte, será bajo tu propio riesgo y responsabilidad, te lo advierto.

MIMÍ. No te preocupes; en estas circunstancias no estoy como para andarme fijando en nada... ¡Ay, oye, huele horrible!; ¿qué no tapaste la basura?... ¡No, no, perdona!; no quise...

ROBERTA. *(Molesta.)* ¿Qué basura? ¡Huele a basura?

MIMÍ. No, no; han de ser mis nervios. ¿Me puedo sentar? *(Lo hace.)*

ROBERTA. ¿Qué te pasa?

MIMÍ. *(Lanza un profundo y doloroso suspiro.)* Ay..., no sabes lo mal que me siento de haber venido. ¡Me chocó! Y sin embargo dije: Tienes que ir a decirle algo, si no... *(Se detiene y contiene el llanto.)*

ROBERTA. *(Alarmada, de pronto.)* ¿Qué mi basura huele hasta tu casa, o qué?

MIMÍ. *(Cambia un posible llanto por una irritación impaciente.)* ¡No, no!; ya te dije.

ROBERTA. ¿Entonces?

MIMÍ. *(Muy dolida.)* ¿Cuándo dejamos de ser amigas tú y yo, Roberta? ¿Qué fue lo que pasó? Explícame, porque...

ROBERTA. Ah, ¿qué ya no somos amigas?

MIMÍ. *(Estupefacta.)* ¿Y ahora vas a tener el descaro de decirme...? ¡Dios mío!

ROBERTA. Yo lo único que voy a decirte es que me extrañó muchísimo que la última vez que intenté comunicarme contigo por teléfono, me colgaste y luego que...

MIMÍ. *(Se encoleriza gradualmente.)* ¡No lo puedo creer!

ROBERTA. *(Imperturbable.)* ...que me hubieras mandado aquellas horribles flores marchitas para el día de mi cumpleaños... porque seguro que fuiste tú la que me envió esas asquerosas y malolientes...

MIMÍ. ¡Claro que fui yo!; ¡claro que fui yo y muy bien enviadas!... *(De pronto parece entender.)* Oye, ¿qué no las has tirado? ¡Con razón huele como...!

ROBERTA. ¡Naturalmente que las tiré, tonta! En cuanto las recibí, las envolví en un periódico y las fui a tirar a un llano, por si era brujería.



Gilberto Aceves Navarro, *La mujer llorando núm. 19*, 1996, acrílico y gouache/
papel geller guarro, 50 x 35 cm



Gilberto Aceves Navarro, *La mujer llorando núm. 6*, 1996, acrílico y gouache/
papel geller guarro, 50 x 35 cm

MIMÍ. (*Se muerde un labio.*) ¿Dices que era el día de tu cumpleaños?

ROBERTA. Bueno, en realidad fue un día después; pero eso lo hizo doblemente ofensivo y... alarmante.

MIMÍ. ¡Ay, perdóname, no sabía..., de veras, te juro que no me di cuenta!

ROBERTA. A pesar de lo cual, y como supuse que estarías pasando por un mal momento, ni siquiera te lo tomé a mal, fíjate. Pobre, dije, no ha de ser fácil tragarse que una amiga más joven que nosotras...

MIMÍ. (*A la defensiva.*) ¿Quién es más joven?

ROBERTA. Yo soy más joven.

MIMÍ. Un mes.

ROBERTA. Soy más joven.

MIMÍ. Un mes no cuenta: somos iguales.

ROBERTA. En todo caso te disculpé, ¿ves?

MIMÍ. (*Atónita.*) ¿De qué me disculpaste?, ¿de ser un mes mayor que tú?

ROBERTA. De haberme hecho las groserías que me hiciste.

MIMÍ. Te las hice porque eres una ladrona.

ROBERTA. ¿Cómo?

MIMÍ. Una ladrona.

ROBERTA. ¿Qué viniste a mi casa nada más a insultarme, Mimí?

MIMÍ. Vine a decir la verdad. Nada más. Aunque duela.

ROBERTA. ¿Y supongo que para ti es verdad el sorprendente hecho de que soy una ladrona? ¿Cómo es eso?, vamos a ver.

MIMÍ. ¡Ah...!, ¿no lo eres?

ROBERTA. No; no lo soy. De ninguna manera lo soy. ¿De dónde sacas tal barbaridad?

MIMÍ. ¿Qué, según tú, la amiga que le roba el novio a la amiga no es una vulgar y asquerosa ladrona?

ROBERTA. ¡Ay, claro que sí!; ¡ladronísima!... ¡y asquerosísima!

MIMÍ. Pues entonces tú eres ambas cosas.

ROBERTA. No entiendo el razonamiento. Yo no le he robado el novio a ninguna de mis amigas; ¿quién te fue con semejante historia?

MIMÍ. Nadie. Nadie me vino con semejante historia, porque fue a mí, a mí a quien se lo robaste.

ROBERTA. ¿Por *novio* te estás refiriendo específicamente a Federico Gallardo?

MIMÍ. A ése.

ROBERTA. ¿Y por eso el colgón del teléfono y las flores podridas?

MIMÍ. Por eso.

ROBERTA. No lo entendí hasta ahora, fíjate.

MIMÍ. Porque a las ladronas se les cuelga el teléfono y se les mandan flores marchitas.

ROBERTA. No estaba enterada de tal costumbre; pero en fin. Mimí, que quede clara una cosa: yo no te robé a Federico.

MIMÍ. ¿Y te atreves a mirarme a la cara y decirme eso como si tal cosa?

ROBERTA. Pues sí, porque es la pura verdad.

MIMÍ. ¡Qué bárbara! ¡Ahora llegas al extremo de negar la evidencia! ¡Qué bárbara!

ROBERTA. ¿De qué evidencia estás hablando, por favor?

MIMÍ. No te hagas la tonta, Roberta: ¡Federico mismo me lo dijo!

ROBERTA. (Atónita.) ¿Que te lo robé?



Felipe Posadas,
El sacrificio,
1995,
técnica mixta/
tela,
100 x 100 cm

MIMÍ. No con esas palabras, naturalmente; pero me lo confesó. ¡Dime que hay otra mujer, Federico, dímelo!, le decía yo. Y no es que hubiera necesitado que me dijera nada para saberlo... Porque saberlo, saberlo, yo ya lo sabía. Al principio me costó mucho creerlo: ¡de una amiga!, ¡¡cómo?!...; pero después...

ROBERTA. Un momento, porque yo, de veras, que ya no sé de qué estamos hablando, Mimí.

MIMÍ. (*Desconcertada momentáneamente.*) Estamos hablando de Federico, ¿de quién más?

ROBERTA. No, Mimí, no, perdóname; no de Federico, sino de la suposición de que te lo robé.

MIMÍ. ¿Y no me lo robaste, descarada?

ROBERTA. De ninguna manera.

MIMÍ. (*Sarcástica.*) ¡¡Cómo?! ¿Quieres decir que Federico me mintió al decirme que se va a casar contigo?

ROBERTA. No; en absoluto.

MIMÍ. No me mien... ¡Dios mío, me vas a volver loca!

ROBERTA. ¿Por qué? ¡Es que son dos cosas distintas!

MIMÍ. (*Totalmente confundida.*) ¿Qué son dos cosas distintas?

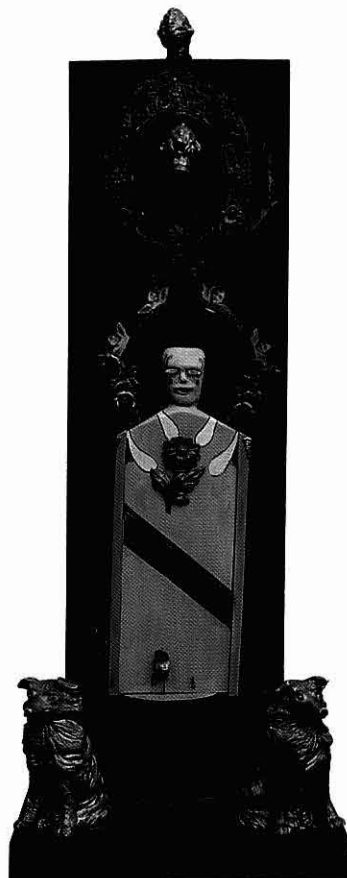
ROBERTA. Una cosa es que me vaya a casar con Federico y otra —¡muy otra!—, que te lo haya robado.

MIMÍ. A ver, a ver, pongamos un poco de orden en esta conversación, porque yo ya no estoy entendiendo absolutamente nada.

ROBERTA. ¿Qué es lo que no entiendes?

MIMÍ. Vamos a plantear las cosas de esta manera: Federico andaba conmigo; ahora anda contigo. Intercambio efectuado de una manera simple, directa, sin intermediarios y sin mi consentimiento. Conclusión: ¡me lo robaste!

ROBERTA. Permíteme decirte, Mimí, que estás planteando el asunto de una forma pésima y que sacas, por lo tanto, una pésima conclusión.



Ricardo Anguía,
Mujer fatal,
1989,
ensamble/
madera,
54 x 20 x 25 cm



Ricardo Anguía,
En la madre,
1989,
técnica
mixta/papel,
70 x 50 cm

MIMÍ. (*Ardida.*) ¡Ah, sí?... A ver, según tú, ¿cómo debería plantearse un hurto tan evidente?

ROBERTA. Mira, Mimí, no me lo vayas a tomar a mal; pero, por principio de cuentas, déjame hacerte una pregunta: ¿qué Federico llegó a declarárse-te en algún momento?

MIMÍ. (*Desconcertada.*) ¿En algún momento?

ROBERTA. (*Desconcertada a su vez.*) Es decir, no sé...; se trata de una mera recabación de datos... con el muy sano propósito de aclarar las cosas..., ¡créeme!

MIMÍ. (*Cauta.*) ¿Qué quisiste decir con eso de "en algún momento"?

ROBERTA. (*Vence escrúpulos.*) ¿Se te declaró, Mimí?

MIMÍ. (*Desconcertada y furiosa.*) ¿Qué quieres decir?!

ROBERTA. (*Calmada.*) Que si se te declaró.

MIMÍ. (*Después de una pausa.*) ¿En qué siglo vives, Roberta? Los muchachos de hoy ya no se le *declaran* a una.

ROBERTA. Ah; ¿no?

MIMÍ. No.

ROBERTA. (*Temerosa.*) ¿Entonces?

MIMÍ. Es *una* la que se les declara.

ROBERTA. Ah; tú te le declaraste a Federico.

MIMÍ. (*Ofendida.*) ¿Cómo crees?

ROBERTA. (*Nuevamente desconcertada.*) ¿Qué es lo que debo creer, entonces?

MIMÍ. Lo nuestro fue un acuerdo mutuo, ¿ves?, desde el principio. Era algo... *especial*. No necesitábamos palabras; ¿para qué? Las palabras son demasiado prosaicas, Roberta. Yo no sé tú; pero... cuando dos seres se aman..., es decir, cuando se aman verdaderamente, las palabras... salen sobrando. No sé si me entiendes.

ROBERTA. (*Atónita.*) ¿Quieres decir que Federico y tú...?

MIMÍ. ¿Para qué, si nuestros corazones se entendían a la perfección? Marchaban al unísono, como quien dice. Es decir, marchaban al unísono hasta



Carla Rippey, de la serie *Silencio*, 1995, grafito y prismacolor/papel, 50 x 50 cm



Carla Rippey, de la serie *Silencio*, 1995, grafito y prismacolor/papel, 50 x 50 cm

que... alguien... tuvo a bien interponerse... (*La voz se le quiebra en un llanto incipiente, que logra controlar con valentía.*)

ROBERTA. ¡Dios mío, Mimí!

MIMÍ. (*Con cara de víctima.*) ¿Ahora lo entiendes..., ladrona?

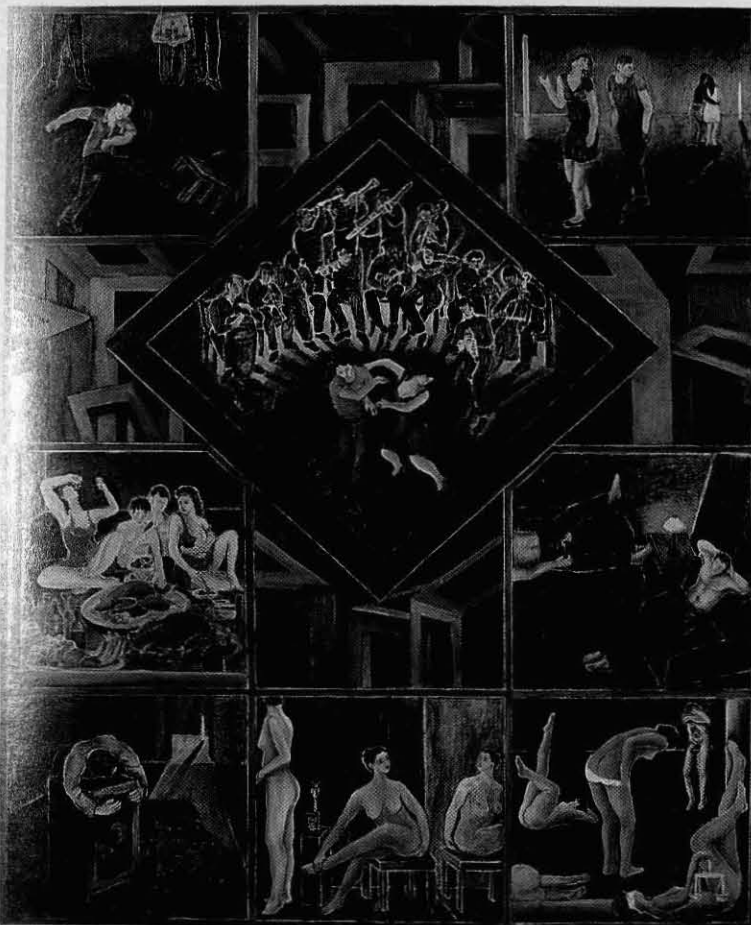
ROBERTA. No.

MIMÍ. ¿Cómo que no?

ROBERTA. Cada vez entiendo menos. Es decir, cada vez entiendo más la situación; a la que no entiendo en absoluto es a ti.

MIMÍ. (*Ofendida.*) Pues será porque no quieres..., porque no te conviene entender. Yo... yo soy clara como el agua..., es decir, como el agua clara; no tengo el menor doblez. Siempre fui así; en mi casa todos somos así; así nos enseñaron a ser nuestros mayores.

ROBERTA. (*Con cierta cautela.*) ¿Y fue por eso que le propusiste matrimonio, Mimí?



Laura Quintanilla,
Ritmos vitales,
1997,
encausto y
chapopote/
madera,
120 x 100 cm

MIMÍ. (*Aterrada.*) ¡Yo no le propuse matrimonio!

ROBERTA. ¿Estás segura?

MIMÍ. ¡Completamente!

ROBERTA. Haz memoria, Mimí.

MIMÍ. (*Ofendida.*) No tengo que hacer memoria de nada; esas cosas se... yo no podría olvidar-me de haber tenido tal... atrevimiento.

ROBERTA. Hace un mes... —aproximadamente—, ¿no le dijiste a Federico algo así como que fijara ya la fecha de matrimonio?

MIMÍ. ¿Hace un mes?

ROBERTA. Aproximadamente.

MIMÍ. (*Perfectamente tranquila.*) Claro que sí.

ROBERTA. (*No puede evitar sonreír.*) ¿Entonces?

MIMÍ. (*Inocente.*) ¿Qué?

ROBERTA. (*Explota.*) ¡Y eso no sólo fue una simple proposición de matrimonio, fue un violentísimo ultimátum!

MIMÍ. (*Ahora enojada.*) ¡Por el amor de Dios, una tiene derecho a protegerse!

ROBERTA. (*Aterrada.*) ¡¿A protegerse?! ¡¿Qué fue lo que te hizo?! ¡¿Tuvieron relaciones sexuales?! ¡

MIMÍ. (*Escandalizada.*) ¡¿Quién dice?! ¡

ROBERTA. ¡¿Entonces? ¡

MIMÍ. ¡¿Entonces qué?! ¡

ROBERTA. (*Después de quedársela viendo un momento.*) Mira, te propongo que nos relajemos un poco antes de continuar con esta difícil conversación.

ROBERTA se recuesta en posición relajada y MIMÍ, después de una ligera vacilación, la imita. Pequeña pausa, al final de la cual Roberta se yergue y dice con voz muy calmada:

ROBERTA: ¿Por qué dijiste, este..., Mimí..., por qué dices que tenías derecho a protegerte? ¿A protegerte de qué?

MIMÍ. ¿Cómo de qué? De un noviazgo interminable.

ROBERTA. (*Comienza a desesperarse nuevamente.*) ¿Pero de qué noviazgo estás hablando, Mimí, por el amor de Dios, si tú misma dices que nunca hubo ninguna declaración de nada? Ni él se te declaró a ti, ni tú te le declaraste a él. ¿Entonces, apoyada en qué bases lo presionas para que fije la fecha de un matrimonio del que nunca, *nunca* se habló?

MIMÍ. Claro que se habló. Se habló *muchísimas* veces de matrimonio.

ROBERTA. (*Asustada.*) ¿Entre ustedes? ¿Entre ustedes se habló de matrimonio?! ¿Piensa muy bien lo que vas a decir, Mimí!

MIMÍ. Hablábamos todo el tiempo de matrimonio. Todo el tiempo.

ROBERTA. ¡¿De que iban a casarse ustedes dos?!

MIMÍ. Digamos que de matrimonio en general; pero estaba perfectamente convenido entre ambos que nos referíamos al nuestro.

ROBERTA. ¡Pues no!

MIMÍ. (*Asustada.*) ¿Qué?

ROBERTA. ¡Para él no! ¡Él jamás dio por convenido nada de eso!

MIMÍ. (*Se debilita.*) Claro que sí...

ROBERTA. Jamás.

MIMÍ. (*Con ojos muy abiertos, aterrada.*) ¿Él te dijo?

ROBERTA. (*Siente ahora lástima de MIMÍ y no sabe qué hacer.*) Sí.

MIMÍ *la mira todavía un rato, sin querer comprender y luego comienza a hacer pucheros.*

ROBERTA. (*Se siente mal.*) No llores, Mimí, por favor...

MIMÍ. (*La voz ahogada por el esfuerzo para no llorar.*)

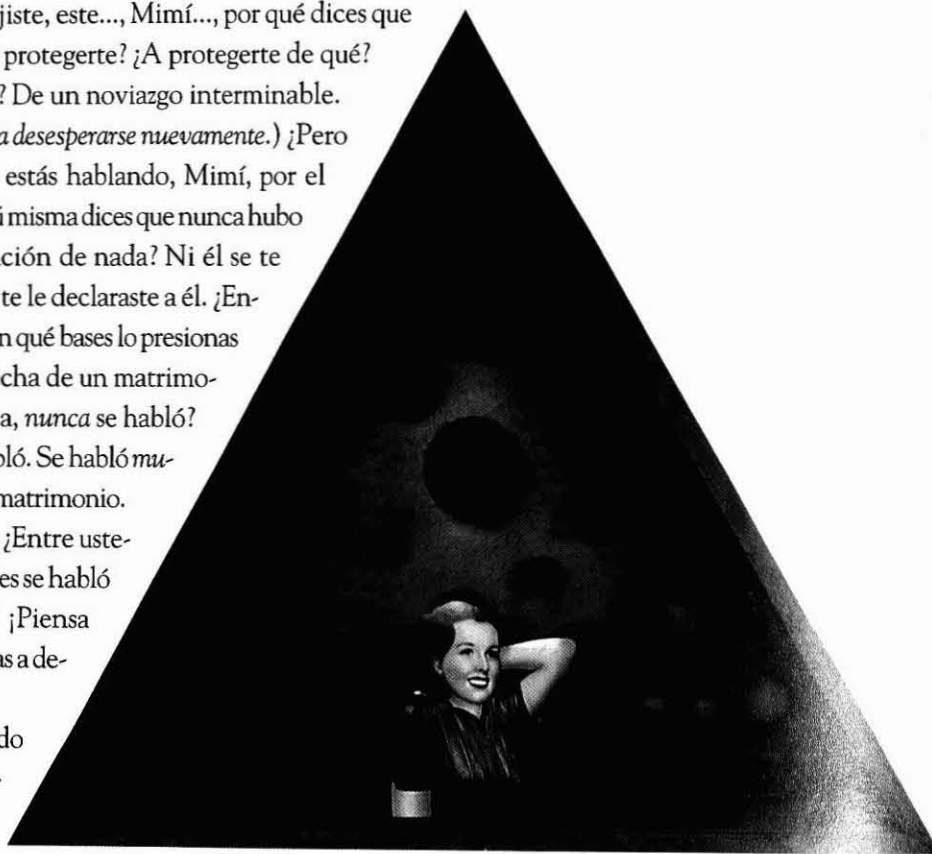
No voy a llorar. ¿Así que él te dijo...?

ROBERTA. Debió ser un terrible malentendido.

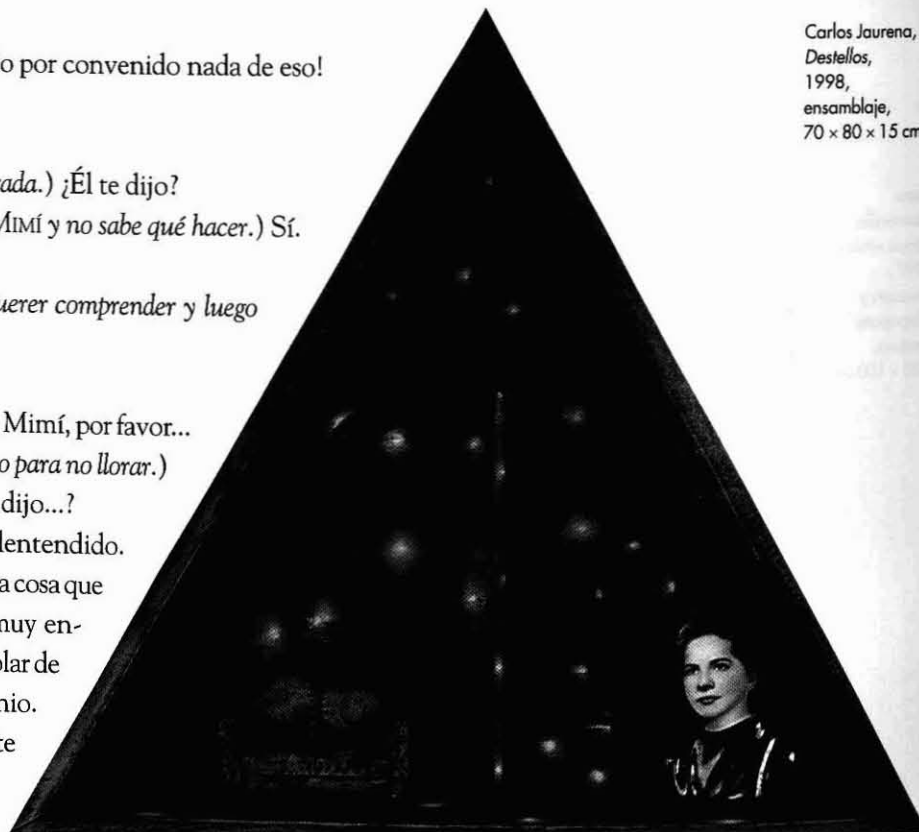
Federico nunca te vio como otra cosa que como una amiga muy leal y muy encantadora, con la que podía hablar de todo... incluyendo el matrimonio.

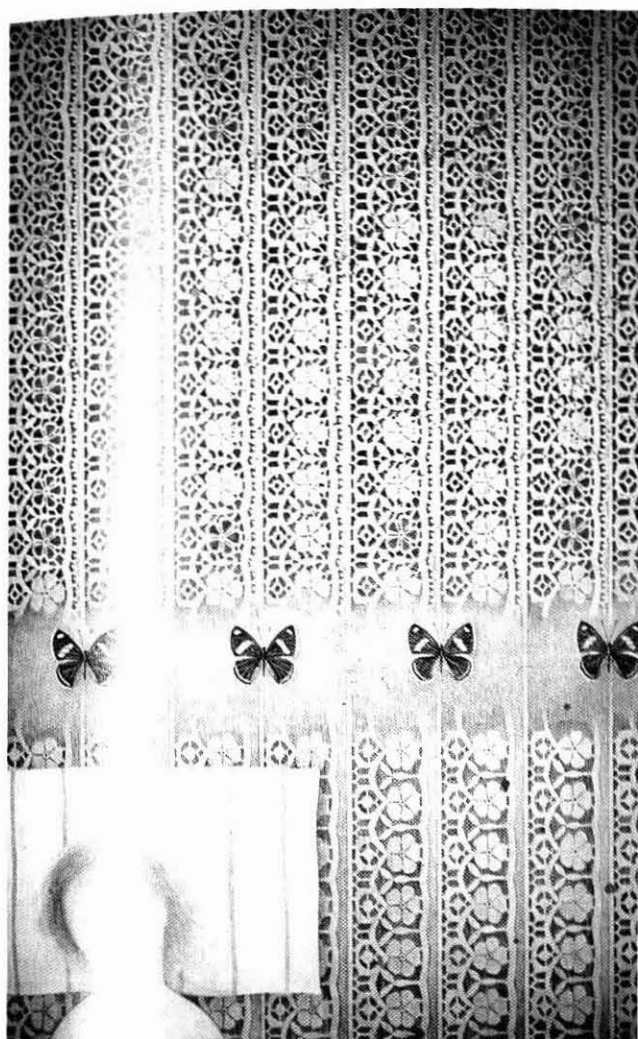
Y es que tú, ¿ves?, personalizaste todo y lo aplicaste a algo que sólo existió en tu cabeza.

Carlos Jaurena,
La mujer de las bolas rojas,
1998,
ensamblaje,
70 x 80 x 15 cm



Carlos Jaurena,
Destellos,
1998,
ensamblaje,
70 x 80 x 15 cm





Mario Rangel, *La declaración*, 1993, acuarela/papel, 45 x 30 cm

Mario Rangel, *Hilando sueños*, 1989, técnica mixta/papel, 58 x 39 cm

MIMÍ. Dios mío.

ROBERTA. (*Compungida.*) Sí. ¡Qué terrible! Y por eso, cuando le dijiste que debía fijar fecha para el matrimonio..., ¿comprendes?, él huyó.

MIMÍ. (*Desolada.*) Pensé que debía ser sólo que le tenía horror al matrimonio. La mayoría de los hombres... En fin. Pero cuando supe que se iba a casar contigo, entonces... ¡Ay, Dios mío, qué ridículo!

ROBERTA. No te sientas mal, Mimí.

MIMÍ. ¡Me siento espantosamente mal!

ROBERTA. ¿Qué puedo hacer para que no te sientas así?

MIMÍ. ¿Me dejas que te odie un poco? Así seguiré suponiendo que sí me lo quitaste.

ROBERTA. Ódame, si quieres; pero nada más un poco. No te excedas.

MIMÍ. ¡Qué horror! Adiós. (*Va hacia la puerta.*)

ROBERTA. ¡No irás a hacer ninguna tontera, verdad, Mimí?

MIMÍ. (*Manteniendo abierta la puerta, se vuelve.*) Ay, creo que sí. Es lo que se hace en estos casos, ¿no?

ROBERTA. (*Suplicante.*) No, Mimí; no; piénsalo bien.

MIMÍ. Ay, no seas absurda; si lo pensara bien, dejaría de ser una tontera.

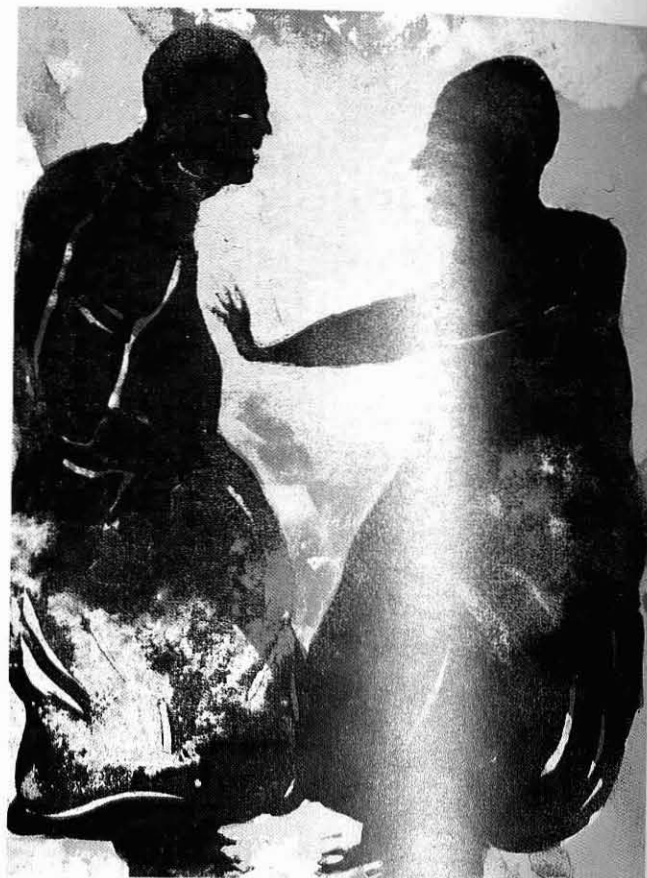
ROBERTA. Pues no hay por qué hacer tonteras, Mimí. Las tonteras son... tonteras; no hay que hacerlas. Sobre todo una así, de la que ya no se puede una arrepentir.

MIMÍ. (*Obstinada.*) Así debe ser, sin embargo.

ROBERTA. (*Determinada.*) No pienso dejarte salir de aquí, Mimí. Mientras sigas con esa tontera metida en la cabeza, no te voy a dejar salir de aquí. (*Cierra la puerta y se queda ahí, obstruyendo el paso.*)



Demián Flores Cortés, sin título, 1998, temple/papel, 28 x 22 cm



Demián Flores Cortés, sin título, 1998, temple/papel, 28 x 22 cm

MIMÍ. ¡Qué horror! ¡Me tienen secuestrada!

ROBERTA. Mejor secuestrada que muerta.

MIMÍ. (*Aterrada.*) ¿Intentas matarme, si trato de salir?

ROBERTA. Al contrario, Mimí; al contrario. Voy a evitar así que seas tú la que se mate.

MIMÍ. (*Desconcertada.*) ¿Se te hace que pintarse el pelo color zanahoria sea absolutamente mortal?

ROBERTA. ¿Qué? (*Comprende de pronto y ríe.*) ¿Ésa era la tontería que íbas a hacer?; ¿teñirte el pelo?

MIMÍ. ¿Qué tiene de cómico? No será tan terrible como la muerte al tratar de escapar de un cautiverio; pero tampoco viene a ser una comedia..., creo yo.

ROBERTA. (*Sigue riendo.*) No tiene absolutamente nada de cómico, Mimí; ve y píntate el pelo del color que se te dé la gana.

MIMÍ. (*Probando resistencias.*) ¿Morado obispo?

ROBERTA. (*Todavía ríe.*) Ay, pues sí.

MIMÍ. ¿Aunque no me quede?

ROBERTA. Si no lo pruebas, ¿cómo saberlo?

MIMÍ. ¿Y si vienes al salón conmigo y me ayudas a escoger el más extravagante?

ROBERTA. Lo haría con muchísimo gusto, Mimí.

MIMÍ. (*Desconsolada nuevamente.*) No; no sé...; eso de teñirme el pelo no me parece tan buena idea, después de todo. Ya se me ocurrirá algo. Adiós. (*Se va, dejando la puerta abierta.*)

ROBERTA. (*En la puerta.*) Adiós, Mimí. Y, por favor, que no se te ocurra volver a mandar otra vez flores marchitas el día de mi boda...; ¡va a haber tanto que tirar de por sí!...

LA VOZ DE MIMÍ. (*Fuera de escena.*) A ver.